

Bosquejo de la filosofía analítica

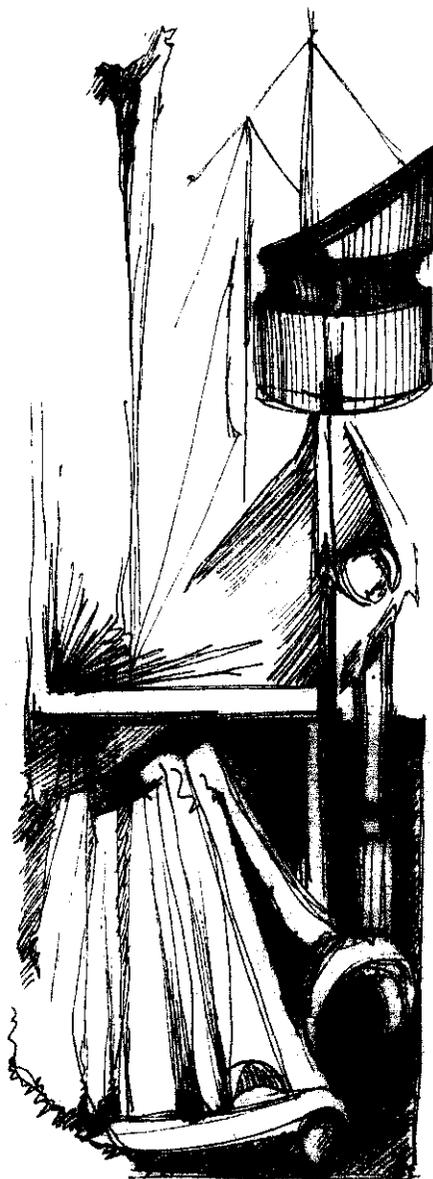
*Salma Saab H. **

De los movimientos filosóficos que se han dado en nuestro siglo, considero que el movimiento analítico es uno de los más significativos y paradigmáticos. Se caracteriza y reconoce por su estilo de pensamiento más que por un cuerpo de doctrina o una metodología en particular. De allí que dentro de un mismo movimiento se den aproximaciones a problemas filosóficos con diferencias muy marcadas. En este trabajo presentaré algunos de los giros básicos que ha tomado —y sigue tomando hasta nuestros días— este movimiento analítico. En primer lugar,

me referiré a la propuesta del análisis lógico del lenguaje, representada por Bertrand Russell, y el desarrollo de la idea de análisis lógico con los denominados “positivistas lógicos”. A continuación, haré algunos comentarios en torno a la filosofía del lenguaje ordinario, también llamada “filosofía lingüística”. Por último, me detendré en los desarrollos y debates contemporáneos a la cabeza de los cuales se encuentran V.O. Quine, D. Davidson y M. Dummett. No pretendo recoger todos los giros que se han dado en la corriente analítica; ni siquiera todos los que han tenido cierta



IZTAPALAPA 33



importancia. Sin embargo sí considero que son los más representativos y los que mejor ilustran la contribución del movimiento a la formación de uno de los sellos más característicos de nuestro siglo: su preocupación por el lenguaje.

Es claro que los filósofos no son los únicos que se ocupan en la actualidad del lenguaje, también lo hacen los lingüistas, literatos, sociólogos, psicólogos, antropólogos, etc. Pero, por lo general, los estudios que se han llevado a cabo en un campo no han sido tomados en cuenta en los estudios de los otros campos, aunque esta situación está cambiando rápidamente en los últimos tiempos. Quizás uno de los campos con los que la filosofía ha tenido más proximidad, tanto antes como ahora, sea el de la lingüística, debido sobre todo a las maneras semejantes de aproximarse al fenómeno del lenguaje. Ambos se ocupan de los lenguajes formales, interesados en su estructura y en el análisis de sus conceptos más fundamentales. La manera en que las estructuras del lenguaje corresponden a las del pensamiento, al igual que las relaciones entre los lenguajes formales y los ordinarios.

¿Existe, sin embargo, algún tipo de preocupación acerca del lenguaje que pudiera considerarse específicamente filosófico? Creo que sí y tal vez destacaría como dos de sus problemas centrales el de la verdad y el del uso de un lenguaje. Esto es, la conexión del significado con la verdad y con el tipo de conocimiento que tienen los hablantes de una lengua al comprenderla. Si bien es cierto que algunos filósofos del lenguaje se han interesado por el fenómeno del lenguaje *per se*, podemos señalar que a la mayoría les preocupa su conexión tanto con el pensamiento como con el mundo. De hecho, una parte de los desacuerdos que

existen entre los diversos filósofos analíticos radica precisamente en la manera de articular estos ámbitos.¹

Estos filósofos adoptan el análisis como método, lo que precisamente da su nombre al movimiento analítico. Empero, como se verá más adelante, sería más correcto hablar de métodos de análisis ya que la manera en que lo definen y aplican sus proponentes dista mucho de ser homogénea. Como se verá más adelante, las formas más comunes de entender el análisis son: como procedimiento reductivo, en el cual se eliminan los términos que se analizan en favor de los términos más básicos; como *traducción* de un lenguaje a otro; como clarificación o elucidación de los términos que se emplean.

Con respecto a los problemas filosóficos tradicionales, las cuestiones acerca del lenguaje que atañen al filósofo analítico no deben verse como una ruptura sino, más bien, como señala Ayer,² como una nueva manera de plantearlos. Por ejemplo, el problema de la identidad del *yo* se plantea como el análisis del uso de los nombres propios y otros términos singulares; el problema de los universales como la explicación del uso de términos generales; el problema de la verdad como un estudio de la afirmación de las frases indicativas.

La filosofía analítica ha tenido una repercusión mayor entre los filósofos de habla inglesa que entre los filósofos "del continente" (los filósofos europeos, sobre todo alemanes y franceses), a pesar de que recientemente su estudio ha ido cobrando un creciente interés entre los últimos. No habría disputa entre los seguidores del movimiento analítico, como sí la habría entre los historiadores de la filosofía en general, respecto a considerar a Gottlieb Frege, filósofo y ma-

temático alemán nacido en 1848, como el precursor más destacado del movimiento analítico, o de la filosofía del lenguaje. Su contribución mayor se dio en el campo de la lógica y de la filosofía de las matemáticas y fue el creador de la lógica matemática contemporánea. Dummett, uno de los estudiosos más acuciosos de la filosofía de Frege, considera que tal vez uno de los logros más importantes de este autor en el campo de la filosofía consista en haber reinstalado la lógica filosófica como punto de partida para toda la filosofía, desplazando así a la epistemología del sitio privilegiado que venía gozando a partir del modernismo.³

Nunca antes los filósofos habían reparado en la importancia del lenguaje para sus reflexiones. Por ejemplo, los filósofos de la modernidad (siglos xvii y xviii) no se ocuparon específicamente del lenguaje. Asociaron las palabras a las ideas que se forman en la mente de los sujetos, y con ello operaron implícitamente con un modelo del lenguaje en el cual las palabras se toman como las "etiquetas" o "signos" de las ideas y hacen de éstas su significado. De modo que conectaban las palabras con las "ideas" de las cosas, en lugar de conectarlas directamente con las cosas a las que, a su vez, se refieren las ideas. Esto se debía a que consideraban que el acceso al mundo, y por ende su conocimiento, se lograba a través de las ideas de las cosas, es decir, de sus representaciones mentales. Así, el conocimiento, al igual que la significatividad de las palabras, partía del sujeto y convertía al lenguaje en el vehículo para transmitir a los otros sus creencias, sentimientos, emociones, conocimientos, etc. Esta concepción instrumental del lenguaje tiene como corolario el que de haber tenido un acceso directo a las mentes de los demás, no hubiéramos requerido de él.

En la actualidad, además de que se le presta una atención específica al lenguaje, se defiende una idea del lenguaje que entra en conflicto con el modelo en el cual impera el vínculo entre las palabras y las imágenes mentales o ideas. Es decir, se rechaza el modelo psicologista del lenguaje.

Podemos señalar las nociones de "descripción", "sentido literal", "traducción" y "verdad", y la manera en que se combinan entre sí, como las nociones clave en el enfoque analítico. La función descriptiva del lenguaje conlleva la pretensión de decirnos cómo es el mundo, cuáles son sus verdades. Para muchos, la función descriptiva es la función básica de la filosofía. Esta función supone asignar a la filosofía un papel afín al de las ciencias, aun cuando la ciencia y la filosofía no adopten las mismas perspectivas ni tengan los mismos intereses, al tiempo que se aleja de las especulaciones metafísicas. Un rasgo de las descripciones es que se pueden calificar de verdaderas o falsas: se expresan en el lenguaje mediante oraciones indicativas y se consideran como el modo sintáctico básico del lenguaje. Si digo: "Los salarios actuales de los profesores universitarios se han depreciado en un 70% en los últimos 10 años" empleo una frase indicativa para afirmar lo que considero que es verdadero. Esta dimensión veritativa de las descripciones no se encuentra en los otros usos del lenguaje, como por ejemplo las órdenes, las preguntas, las expresiones de deseos, etc. Una forma en que se ha defendido la primacía del indicativo se la debemos a Frege, quien sugiere que en los otros modos del lenguaje podemos separar dos elementos: su contenido y el "modo" en el cual se presenta ese contenido: Si Luis pregunta: "¿Está lista la cena?" se puede reafirmar la pregunta de la siguiente

manera: "Luis quiere saber si es verdadera la oración 'Está lista la cena'". Si la descomposición de los actos verbales, como sugiere Frege, es correcta, se refuerza la idea que estos otros usos del lenguaje dependen, en la medida que la incorporan, de la oración indicativa.

Por otra parte, también se supone que las oraciones descriptivas tienen un significado literal, y que esto es crucial para poder decidir su verdad. De manera similar a lo que dijimos respecto a los usos indicativos, podría decirse que los usos metafóricos, irónicos, analógicos, etc., dependen del sentido literal. Incluso para algunos, por ejemplo para Davidson, el sentido de estos usos es el literal. Esta última tesis pretende ir en contra de la idea común de que se considere que tienen un "sentido" figurado. Davidson⁴ lo ilustra con el caso de la metáfora y dice que su significado es el literal, y que difiere de él en cuanto a su uso, que es el de producir ciertos efectos sorprendidos y novedosos.

Así, la primacía de los modos indicativos hace plausible que los significados se refieran a las oraciones que se mencionan y que el significado se vincule con la verdad.

Podría decirse, *grosso modo*, que en el seno del movimiento analítico habría dos grandes vertientes: los que ponen un mayor acento en los elementos formales y estructurales del lenguaje y los que destacan, y toman como punto de partida sus usos cotidianos. Con esta separación entre formalistas y filósofos del lenguaje ordinario no pretendo sugerir que estas dos líneas de desarrollo se encuentren en conflicto, sino más bien marcar la dirección en la que sus simpatizantes inclinan sus investigaciones. Dentro de los primeros cabrían los positivistas lógicos y sus corrientes

derivadas y, dentro de los segundos, los filósofos del lenguaje ordinario.⁵

Es muy revelador que estas dos vertientes aparezcan en uno de los filósofos fundadores del movimiento analítico, tal vez el más destacado de ellos, Ludwig Wittgenstein (1889-1951). El pensamiento de Wittgenstein ha venido a constituir la referencia obligada de casi todos los practicantes de la filosofía analítica y la fuente inspiradora de muchas de sus ideas más centrales. Wittgenstein adoptó, en diferentes épocas de su vida, tanto la vertiente formalista como la del uso ordinario del lenguaje, pero en ninguno de sus momentos es posible encasillarlo en algún movimiento en particular. El encasillamiento más tentador fue el que hicieron los militantes del positivismo lógico, quienes tomaron como su manifiesto el *Tractatus Logico-Philosophicus*, la obra más destacada de la primera época de Wittgenstein. El propio Wittgenstein se negó a que su obra fuera considerada de esta manera, al plantear que aquellos malinterpretaron el sentido básico de su obra. En *Las Investigaciones filosóficas*, Wittgenstein se convierte en el crítico más feroz del *Tractatus* y la visión del lenguaje que allí nos ofrece inaugura una nueva manera de concebir el lenguaje, de enorme influencia en algunos de los desarrollos del movimiento. Wittgenstein niega que el lenguaje tenga una esencia y propone que, más bien, está constituido por múltiples *juegos del lenguaje*, cuyas funciones se aprehenden en sus contextos de uso. Esta concepción del lenguaje de Wittgenstein sigue siendo objeto de debates muy vigorosos e, inclusive, de interpretaciones encontradas respecto a lo que sostiene.

1. Bertrand Russell (1872-1970) es uno de los más destacados exponentes de la idea del análisis lógico

del lenguaje. Russell considera que hay que distinguir las formas lógicas de las formas gramaticales del lenguaje, ya que además de que las últimas no siempre corresponden a las primeras, no distinguirlas puede llevar a conclusiones filosóficas erradas. Russell pro-



pone construir un lenguaje ideal, estructuralmente perfecto, que nos revele la estructura general del lenguaje y que reconstruya nuestro discurso acerca del mundo. Es importante destacar que detrás de la preocupación por la búsqueda de la estructura del lenguaje, está la idea de que muchas perplejidades filosóficas surgen por la manera en que se plantean los problemas, por las formas lingüísticas que se emplean, de allí que consideren urgente detenerse y sopesar, no sólo las respuestas que se dan sino también las formas empleadas para plantear las interrogantes mismas. En conexión con este punto, resulta iluminador un pensamiento de Wittgenstein. Dice en el *Tractatus Logico-Philosophicus*:

El lenguaje es un disfraz del pensamiento. Tan es su disfraz que de la forma exterior del ropaje es imposible inferir la forma del pensamiento que subyace a él, ya que la forma externa de la ropa no está diseñada para revelar la forma del cuerpo, sino para otros propósitos totalmente distintos. (pp. 61-63)

Mediante el análisis lógico se pretende despojar al pensamiento de todo ropaje con el objeto de poder ver con claridad su trama estructural y las reglas y principios que lo rigen. Mediante la traducción de los símbolos que se emplean en el lenguaje ordinario a un lenguaje más idóneo —el lógicamente perfecto—, los símbolos que son defectuosos o incompletos se reemplazan por otros, hasta finalmente quedarnos con las formas últimas y más básicas del lenguaje, *i.e.* sus átomos. Así, Russell llega a la idea de que los nombres son las formas últimas irreductibles e inanalizables, que designan objetos, y que aparecen en propo-

siciones básicas. El significado de la proposición está en función de los significados de sus nombres y éstos, a su vez, los constituyen los objetos que denotan. Por ejemplo, en la proposición “Pedro es alto”, “Pedro” denota a la persona a la que designa y “alto” denota la propiedad a la que se refiere ese predicado.

Los positivistas lógicos comparten con Russell la búsqueda de un lenguaje ideal, que para ellos es como un cálculo, y consideran que la filosofía tiene por encargo presentar de manera sistemática la sintaxis lógica del lenguaje. Circunscriben su estudio del lenguaje a la función básica descriptiva del mundo. Señalan que una de las trampas más graves que nos tiende el lenguaje radica en presentarnos de manera descriptiva realidades que no existen. El lenguaje común permite que se puedan construir oraciones gramaticalmente correctas, pero carentes de sentido lógico. En los textos metafísicos es donde más abundan afirmaciones con este carácter, de allí que una de las metas que se han propuesto estos filósofos sea la de analizar críticamente ciertos discursos, de manera que se puedan eliminar aquellas afirmaciones que tienen una significación engañosa.

La actitud de los positivistas lógicos o de los empiristas lógicos —como a veces también se les denomina— fue drástica sobre todo con respecto a la metafísica ya que consideraban que su discurso había contaminado en forma muy dañina al discurso filosófico. En efecto, la propuesta de los positivistas lógicos debe verse como una reacción extrema que intentaba poner fin a la plaga metafísica que habían propagado los idealistas alemanes post-kantianos y post-hegelianos. Los antidotos para los extravíos de las especulaciones metafísicas a las que eran dados los idea-

listas alemanes se buscaron en un criterio que le pusiera un límite al discurso significativo. Como resultado se obtuvo el famoso criterio de verificación. Consideran que en algunos discursos se propicia la confusión entre los matices subjetivos que acompañan a nuestros contenidos discursivos, con los contenidos mismos, mientras que en otros discursos se identifican los procesos por los que se llegan a ciertos contenidos o pensamientos con los contenidos mismos, incorporando así al proceso como parte de la explicación del pensamiento mismo. Frege legó a la tradición analítica este ideal de decantar el lenguaje, dejando fuera de éste los términos tanto metafísicos como psicológicos. En sus formas más extremas, el purismo de los positivistas llevó al rechazo de los discursos valorativos, como el de la ética, la estética y la religión.

Un concepto metafísico que ha sido el blanco de los ataques de los analíticos es el de “la nada”, por considerarse como el ejemplo más claro de un concepto que da la apariencia de estar cargado de significado y, más aún, de que refiere a una realidad de manera semejante a las nociones que se refieren a algo en particular, cuando, de hecho, no apunta a nada. Como bien señala Ayer, “la originalidad de los positivistas lógicos⁶ radica en que hacen depender la imposibilidad de la metafísica no en la naturaleza de lo que se puede conocer, sino en la naturaleza de lo que se puede decir”.⁷

2. En oposición a la idea de que hay que buscar un lenguaje lógicamente perfecto, destaca la de los autores que corresponden al periodo del análisis del lenguaje ordinario —como lo son Austin, Moore y Ryle. Estos autores dominaron el escenario filosófico en Inglaterra en los años posteriores a la Segunda Guerra

Mundial. Para ellos, el análisis debe efectuarse en el nivel del uso común y corriente de las expresiones, observando sus diversos matices y contextos de uso. Defienden la idea de que el lenguaje ordinario, con todas sus ambigüedades y defectos, no requiere de enmienda ni de construcciones ideales y objetan a los constructivistas que en su búsqueda del lenguaje ideal dejan fuera muchos usos del lenguaje sin explicar, además de que consideran ilusorio que la construcción ideal resuelva muchos problemas filosóficos. Estos filósofos piensan que su labor es la de dar una descripción adecuada de los usos lingüísticos preexistente, a la que se llegaría como producto de un análisis empírico. De esta manera, se llegaría a comprender el funcionamiento del lenguaje y se evitaría caer en abusos que producen confusiones filosóficas. Austin, el defensor más lúcido del análisis del lenguaje ordinario, considera que el significado de los términos de un lenguaje se aclara al vincularlo con su uso social o convencional. Como ejemplo, tomamos la serie de distinciones que traza entre los verbos de nuestro lenguaje con base en sus diferentes fuerzas. Tenemos así, verbos de valoración, verbos que ejercen algún poder o derecho, verbos de compromiso, etc., clasificación que estaría refñida con lo que Austin denomina “el fetiche de la distinción hecho/valor”.

Su aspiración última, por lo menos en el caso de Austin, es la de construir una “ciencia del lenguaje”, que al lograrse se independizaría de la filosofía. Dice Austin:

En la historia de las indagaciones humanas, la filosofía tiene el lugar del original sol central, germinal tumultuoso: de vez en cuando desprende una porción de sí mismo para consolidarse como una ciencia, un planeta.

trío y bien regulado, que progresa constantemente hacia su lejano estado final... ¿No es posible que el próximo siglo pueda ver el nacimiento, a través del esfuerzo común de filósofos, gramáticos y numerosos estudiosos del lenguaje, de una verdadera y general *ciencia del lenguaje*? Entonces nos habremos librado de una parte más de la filosofía (todavía quedarán muchas) de la única forma en que podemos librarnos de la filosofía, subiéndola de categoría.⁸

Strawson se suma a las críticas que los filósofos del lenguaje ordinario hacen a los constructivistas, aunque también considera que el enfoque de los filósofos del lenguaje ordinario es insatisfactorio. Precisa que el análisis descriptivo de los últimos es muy limitado y da por sentado elementos generales estructurales, que justamente el filósofo tendría la obligación de hacer explícitos. En última instancia, considera que la descripción pormenorizada que arroja su análisis, no nos deja en claro cómo incide en la resolución de nuestros problemas y confusiones filosóficas. Nuestra práctica del lenguaje supone un manejo de conceptos, pero carecemos del entendimiento explícito de los principios que gobiernan su uso. Para Strawson, la tarea del filósofo consiste en "producir una caracterización sistemática de la *estructura conceptual* general, de la cual nuestra práctica cotidiana nos muestra que tenemos un dominio tácito e inconsciente".⁹ Juzga importante que en el quehacer filosófico demos cuenta de nuestra práctica del lenguaje, que para sus practicantes, suele no venir acompañada del conocimiento de la teoría que está implícita en esa práctica. En la metafísica descriptiva de Strawson el análisis conceptual debe estar "guiado" por el proyec-

to de dar cuenta de por qué tenemos los conceptos y tipos de discurso que tenemos. Y esto quiere decir en Strawson, sistematizar y —hacer explícito a partir de esta sistematización a la manera kantiana— cuáles son nuestros conceptos básicos más generales y a la vez más fundamentales.

3. En la fase más reciente del movimiento analítico vuelven a aparecer las dos tendencias —formalista y la que destaca el uso del lenguaje—, pero con matices distintos. En la formalista se continúa con la empresa de dar una caracterización sistemática del lenguaje y, en la segunda, se considera que la sistematización es una empresa fútil. En esta última, se piensa que el lenguaje es de una complejidad tal que obstruye todo intento de dar una teoría sistemática de su funcionamiento. Se quedan con una de las ideas básicas del segundo Wittgenstein, según la cual la labor del filósofo no es constructiva en el sentido de que proponga "un cuerpo de doctrina", o que descubra verdades, sino de que se lleve a cabo una tarea de elucidación o de clarificación, lo que supone renunciar a la búsqueda de esencias o de rasgos universales. En suma, conciben la filosofía como una pragmática y, en algunos, se da aliento a afirmaciones como las de Rorty en donde parecería que habría "tantos juegos del lenguaje como subculturas, y en donde el pensamiento filosófico no puede ofrecer ningún criterio para evaluarlos críticamente".¹⁰

En cambio, hay otros filósofos que no renuncian a la idea de construir una teoría del significado a pesar del carácter complejo de nuestra práctica lingüística. Siguiendo a Dummett, podríamos decir que los filósofos que aceptan que la filosofía es sistemática se comprometen a ello en dos sentidos: en uno, de que

se puede construir una teoría del lenguaje articulada, a la manera de los grandes sistemas filosóficos tradicionales como los de Platón, Descartes, Kant, Hegel y Spinoza, y en el otro, de que su investigación procede de acuerdo con ciertos métodos, y sus resultados se juzgan, aceptan y prueban de acuerdo con ciertos criterios aceptados.¹¹ En esta última línea se ubicarían los trabajos de Davidson y sus seguidores, al igual que los del propio Dummett. Sin embargo las posturas de Davidson y Dummett toman diferentes caminos en cuanto a los requisitos que establecen para conformar una teoría del significado. Para comprender este debate, es importante hacer referencia al trabajo de Quine, que tuvo un impacto decisivo en las nuevas formulaciones y, más que en ninguna otra, dejó su sello en los desarrollos de Davidson.

Quine es un claro heredero de la tradición de los empiristas lógicos. Sin embargo esto no le impidió dirigir ataques decisivos a dos de sus supuestos más básicos, que están recogidos en dos de sus artículos ya clásicos: "Los dos dogmas del empirismo" y "Acerca de lo que hay". Una de las tesis que ataca es, precisamente, su teoría semántica, que supone una liga entre proposiciones singulares y la experiencia, tesis que está a la base del proyecto reductivista respecto a lo que es llevar a cabo un análisis lógico. La otra tesis empirista —compartida también por filósofos no empiristas— es la distinción analítico-sintético. Esta distinción establece dos tipos de verdades: las verdades empíricas y las verdades de razón. Al ser fiel a sus raíces empiristas, Quine convierte todas las verdades en empíricas, esto es, en verdades que en principio pueden revocarse, siempre y cuando se hagan los ajustes necesarios en la teoría. En lugar del carácter



atomista y reductivista del lenguaje. en el cual las proposiciones básicas se confrontan una a una directamente con la realidad a la que se refieren, propone un modelo holista o totalista en el cual todas nuestras creencias forman una red, de manera que juntas enfrentan al "tribunal de la experiencia". La consecuencia del rechazo de estos dos bastiones del empirismo lleva a Quine a abrazar el pragmatismo, insertándose así en la más arraigada tradición norteamericana. Aunque debemos cuidarnos de no distorsionar la lectura de los pragmatistas, en aras de establecer una continuidad entre su pensamiento y el de Quine. Es preciso dejar claro que, antes que nada, Quine es un empirista, y sigue siéndolo con firmeza, hoy en día. En esa medida sigue arraigado a la tradición de los positivistas.

En su libro *Palabra y objeto*, Quine desarrolla una posición acerca del lenguaje desde una perspectiva naturalizada, como consecuencia de la continuidad que establece entre el quehacer científico y el quehacer filosófico. Para ello, adopta una posición conductista como su punto de partida. En una época como la actual, en la que el conductismo filosófico está muy desprestigiado, no nos debería de sorprender que muchas de las debilidades de la propuesta quineana se localicen en ese punto. Quine prescribe que nos inclinemos siempre por las teorías más austeras, más simples, y que sólo aceptemos conceptos de los cuales tengamos criterios de identificación claros. Como consecuencia del último requisito, renuncia a toda un familia de palabras, entre ellas la noción misma de significado, que en su manejo usual supone considerarlo como algún tipo de entidad. La alternativa de Quine propone vincula el significado a la conducta observable. Dos consecuencias básicas que desprende Quine

son, en primer lugar, que en cualquier teoría hay que incorporar el hecho de que nuestras traducciones de un lenguaje a otro están sujetas a la indeterminación y, en segundo lugar, a que sus términos referenciales son inescrutables, esto es, que pueden tomarse de muy variadas maneras, todas ellas compatibles con la observación. Davidson toma de Quine todas estas ideas, excepto la relación de los significados con los estímulos sensoriales, que se encuentran en la base de su teoría de la interpretación. Para Davidson, no basta con decir que el lenguaje es público y que se trata de una práctica social y comunitaria, que supone que haya hablantes de una lengua común, sino de que somos *intérpretes* los unos de los otros, capaces de comprender lo que los otros dicen. Una condición para que haya comprensión es que los hablantes no sólo compartan un lenguaje sino que estén de acuerdo en muchas verdades. Sin este supuesto, la comprensión del otro ni siquiera podría despegar. Davidson llama "principio de caridad", al principio mediante el cual, en primera instancia, tratamos de ver al otro como un ser racional, en donde sus respuestas son lo más cercanamente posibles a las que el intérprete tendría en una situación similar.

En la teoría de Davidson, el significado es una propiedad semántica de las proposiciones y está dado por las condiciones que la hacen verdadera. Si bien es cierto que la unidad semántica es la oración, su significado está en función de los significados de sus partes. Una buena teoría del significado debe poder darnos cuenta del hecho de que, a partir de un número finito de palabras y de oraciones en las que éstas aparecen, somos capaces de comprender oraciones nuevas, esto es, la capacidad creativa del lenguaje. Para decirlo

lo más brevemente posible, lo crucial para Davidson es que el significado se vincula con las condiciones de verdad de las oraciones. El requisito de Davidson da como resultado una teoría realista del significado, según la cual éste no depende de las capacidades de los sujetos. Dummett, contra lo que sostiene Davidson, defiende la idea de que el significado se vincula con sus condiciones de asertabilidad, dando como resultado una teoría anti-realista, en tanto que los significados no trascienden las capacidades cognoscitivas de los sujetos. Esto es, Dummett sostiene que en el lenguaje hay oraciones cuya verdad no puede establecerse de manera efectiva. Una oración de este tipo sería por ejemplo "Aquí nunca se construirá una ciudad", ya que nunca sabremos si se trata de una oración verdadera o falsa. Otro ejemplo sería el de una afirmación disyuntiva, en la cual no sabemos si es una oración verdadera o falsa por no saber cuál de los disyuntos es verdadero. Sin un procedimiento efectivo para decidir la verdad de algunas oraciones, se hace ilegítimo el paso que lleva a cabo el realista al sostener que, sin embargo, tiene el valor verdadero o falso. Dummett concluye que una teoría del significado como la de Davidson que contenga como concepto central el de "condición de verdad" basado en la lógica bivalente es errónea. Alternativamente, propone una teoría del significado inspirada en el *dictum* del segundo Wittgenstein que dice que el significado de un término lo constituye su uso. El aspecto central del uso en el cual se detiene es que afirmamos o aseveramos una oración cuando reconocemos las condiciones que justifican que la afirmemos.

A pesar de la audacia de la propuesta de Dummett, hay que reconocer que la más influyente de las pro-

puestas recientes en torno al significado es la de Davidson y la que más seguidores ha generado. Tratar de ser más específica en cuanto a los debates actuales rebasaría los límites y propósitos del presente bosquejo. El volumen de la literatura actual da testimonio de la vigencia de algunos de los temas que aquí se señalaron y desborda todo intento de mencionar siquiera las aportaciones recientes más importantes. Por otra parte, tendremos que esperar un tiempo para ver cuáles de todas estas exploraciones y propuestas marcarán un nuevo hito en los desarrollos de esta historia analítica, que contra los pronósticos apresurados y sensacionalistas que algunos lanzaron, está lejos de ser letra muerta.

NOTAS

- ¹ Stuart Hampshire (*Proceedings of the Aristotelian Society*, Supplementary volume XXII, 1948) difiere de esta interpretación, ya que considera que además de sostener que las cuestiones filosóficas son cuestiones del lenguaje, no explican en qué se distinguen las cuestiones lingüísticas de las cuestiones no lingüísticas. Algunos sostienen que las cuestiones lingüísticas se pueden distinguir de las empíricas, respuesta que para Hampshire es errónea. Pero en respuesta a Hampshire podríamos decir que más que distinguir lo lingüístico de lo no lingüístico, hay que distinguir los diferentes papeles que puede jugar el lenguaje en relación con nuestras otras actividades tanto individuales como sociales.
- ² A.J. Ayer, *La filosofía del siglo xx*, Editorial Crítica, Barcelona, 1983.
- ³ Cf. *The Concise Encyclopædia of Western Philosophy and Philosophers*, Hutchinson of London, 1960, p. 150.

- ⁴ D. Davidson, "What Metaphors Mean", en *Truth and Interpretation*, Oxford University Press, 1984.
- ⁵ Por su parte, el filósofo inglés, P. Strawson, en su proyecto de *Metafísica descriptiva*, apartándose de las vertientes formalistas y del lenguaje ordinario, aunque en alguna medida sintetizándolas, estudiará el lenguaje tal y como lo usan sus practicantes, pero con miras a descubrir su estructura básica conceptual. Y, más recientemente, D. Davidson intentará aplicar las condiciones que prevalecen en un lenguaje formal a los lenguajes naturales.
- ⁶ Los miembros del llamado "Círculo de Viena", que agrupaba a filósofos, científicos y matemáticos y que tuvo una existencia breve de una década (1920-1930), hicieron famosa la frase de que sólo tiene sentido lo que puede verificarse, así como la idea de una ciencia unificada.
- ⁷ *El positivismo lógico*, compilado por A.J. Ayer, Fondo de Cultura Económica, 1959. Introducción, p. 16.
- ⁸ Austin, J.L., *Philosophical Papers*, Oxford, Clarendon Press, 1961, pp. 179-180.
- ⁹ "Análisis y metafísica descriptiva", en *La concepción analítica de la filosofía*, J. Muguerza (ed.), Alianza Universidad, Madrid, 1974, vol. 2, p. 605.
- ¹⁰ Schneider, "Frege o Wittgenstein: prospectos de una teoría del significado", manuscrito presentado en 1989 en el Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM.
- ¹¹ Cf. "Can Analytic Philosophy be Systematic, and Ought it to Be?", recogido en *Truth and Other Enigmas*, Duckworth, London, 1978.